

ANWAR SADAT, "LAWRENCE" DE EGIPTO

M. A. BASTENIER

EGIPTO es un país que vive agazapado al interior de sus fronteras. El mapa despliega una propuesta, una tesis, quizá, pero no una nación. La abstracta geometría del rectángulo trazada por el tiralíneas colonial oculta más que enseña un país en fila india que corre con el Nilo de Sur a Norte, de las fuentes que nacen mucho más allá de la frontera en el África Central hasta el Mediterráneo, ante el que se hace llanura de agua y cieno en el amplio frente del delta.

Egipto es una serpiente líquida, un "Chile arracimado en torno a un río que hace figura de cordillera andina en plan fluvial". Egipto es un desierto al que la corriente de agua ha hecho vivisección, un país dividido en dos mitades que no llegan a abrazarse por la interposición del Nilo, a cuyas orillas, en una

extensión que, salvo en el delta, jamás supera los 25 kilómetros por banda, viven 42 millones de habitantes. Más allá, al Oeste y hacia las extensiones de arena de la Cirenaica, tan sólo un sarpullido de concisos oasis abriga al ser humano. Hacia el Este los contados puertos del mar Rojo abren el inacabable camino de las dunas. Por eso los 42 millones de egipcios son los únicos seres del planeta que viven en un irremplazable desfiladero de agua. Es un pasillo, no un país.

El gran proyecto de los años cincuenta, la presa de Assuan, nació para romper el corsé de esta geografía camuflada; para desanudar el abrazo del desierto y permitir al egipcio la sedentarización a pierdevista del gran río. Hoy, quince años después de que entrara en servicio, la geografía ha ganado la batalla.

Assuan es verdad que ha crea-

do un nuevo delta industrial en la extremidad meridional del país; que ha permitido la recuperación de más de un millón de hectáreas de tierras cultivables en el alto Egipto, pero la presa no ha podido escapar a la implacable venganza de la arena. La regulación de las aguas provocada por la construcción del gigantesco salto ha drenado de sus ricos sedimentos al Nilo, ha empobrecido la avenida de las aguas en su curso hacia el mar y la recuperación posible en su primer tramo se ha visto más que cancelada por la depauperación de los depósitos aluviales en su larga marcha hacia el bajo Egipto, hacia las feraces tierras de limo y algodón.

Egipto había soñado con ser "Holanda", haciendo del agua un trampolín para la conquista de su propio mapa, de una victoria sobre el continuo poder de las

dunas, pero permanece aún hoy amarrado a sus orillas, incapaz de nacionalizar el desierto, de quitárselo al sol y dárselo al país.

Egipto es el mundo árabe, pero no estrictamente árabe. Si la expansión del beduino, pastor y jinete, unificó lo que hoy conocemos como la extensa banda que va desde el Machrek, en Oriente, al Mohgreb, en Occidente, dejó sin soldar una viruela de hechos nacionales, en ningún lugar de ese mundo es más evidente el derecho a la particularidad que en el espacio egipcio.

No sólo faraones, sino Grecia y Roma también formaron el país. La gran mancha islámica cercó sin suprimir tenaces vestigios del pasado. Cuando los egipcios se contemplan a sí mismos no tienen que recurrir a las pirámides ni a la abrupta necrolatría del Valle de los Reyes para saberse diferentes. Seis millones de



Egipto es una serpiente líquida, un "Chile arracimado en torno a un río que hace figura de cordillera andina en plan fluvial".

coptos, cristianos preconciliares, anteriores al gran apóstol sincrético que fue Mahoma, enlazan a la tierra con un pasado que nunca ha dejado de existir. Egipto es árabe por libre opción más que conquista. Los egipcios, a diferencia de sirios, libaneses, yemeníes o norteafricanos, no necesitan ser árabes para llegar a ser. Mahoma no les pilló con el almario vacío en espera de una causa. Por ese motivo, cuando oímos a un egipcio hablar de los árabes un matiz siempre flota en la conversación. ¿Ellos, nosotros? Quizá un complejo de doble personalidad, una dualidad de sustancias, tanto más esperable del país en que floreció Alejandría, la de las querellas sobre las naturalezas de Cristo, si fueron dos o una, como el propio ser de todos los egipcios.

En el Egipto monárquico y pasablemente independiente de la última posguerra, que había preservado con astucia esa dualidad para hacer del soberano árbitro de rivalidades y tutor de minorías, estalló el primer panarabismo del siglo XX. Los oficiales libres de Gamal Abdel Nasser, que tomaron el poder en 1952, se arropaban en un cierto modernismo nacionalista, pero también representaban un seguro revival del islam. El islam de la política y no sólo el de las costumbres, en el repliegue inevitable de los años coloniales. El islam de Jomeini, pese al abismo de circunstancias y de exabruptos. El islam sin rehenes.

Durante los veinte años que siguieron el Egipto de Nasser quiso darse la proyección espiritual y política de una potencia. Los tres círculos concéntricos del nasserismo se disponían de dentro afuera. Primero, el espacio egipcio, no dual, sino integrado como una parte del mundo árabe y musulmán, con lo que la posición de la minoría copta, gran animadora del wafd, el partido occidentalista de la monarquía, entraba en derrapaje. Segundo, el círculo panárabe con la vocación de liderazgo en El Cairo. Un islam que idealmente debía de marchar hacia la unificación como un gran bloque entre las superpotencias, basado en una adaptación corrompida y chapucera de un socialismo que no aspiraba a tener el rostro humano. Tercero, el gran círculo de los desheredados, el del mundo que emerge del cerco colonial. Nasser, uno de los hombres de Bandung, quería reclutar una legión de la pobreza para intervenir en su nombre en el reparto mundial de la riqueza.

Un día de septiembre de 1970, con el país derrotado en tres gue-



Plegarias en la estación de tren, bajo un retrato de Sadat.

rras sucesivas, 1948, 1956 y 1967, ese sueño se acababa con su soñador. El Egipto de Nasser no era más que una dictadura inepta e impotente. Una dictadura que había querido repartir la tierra del Nilo para descubrir que no había Nilo para todos. Una dictadura a la que Assuan no había permitido romper el cerco de las dunas.

Ese cerco, siguiendo una vía enteramente distinta, es el que también quiere salvar el Presidente Sadat, sucesor y liquidador de la herencia nasserista. Confidente de recambio y subordinado permeable a los traslados más chocantes, moviéndose siempre en una penumbra de retaguardia, pieza complementaria de un atrezzo, pero dotado de la inmensa paciencia y amurallada capacidad de cálculo del estratega con un solo objetivo: la acción llegada la hora del poder.

¿Qué ha hecho con ese poder el Presidente Anwar Sadat, el terroso y maniobrero campesino del delta?

Sadat ha renunciado a los dos círculos exteriores de la política de Nasser para encerrarse en el ruedo interior de un Egipto para los egipcios. De la misma forma, ha tirado por la borda la doble opción interior y exterior del nasserismo: el socialismo del

neutralismo o el neutralismo del socialismo. En Egipto se ha restablecido la vigencia casi total de los mecanismos de mercado y devuelto a la burguesía, que encarceló Nasser, el control de los sectores más jugosos de la economía, al tiempo que se ha acampado firmemente a El Cairo en el espacio de la política exterior norteamericana.

Ni el inepto capitalismo de Estado había hecho más que nivelar las más groseras injusticias, ni el neutralismo activo había restablecido el equilibrio militar con Israel. Para Sadat, hombre sin una opción ideológica precisa y personal, era necesario un desmarque profundo. Si Egipto no podía ser con el socialismo de Assuan y el neutralismo tercermundista, había que sacar al país del cul de sac. Así, se ingenia en los años que van desde 1972, con la liquidación de los últimos barones del nasserismo —Ali Sabri, Sharawi Gomaa—, la guerra de 1973, la expulsión de los asesores soviéticos en 1974, hasta el viaje a Israel en 1977, la transformación global de una estrategia.

En particular, hay que subrayar como apéndice brillante de un plan, sin duda improvisado, pero que tiene en perspectiva el trazado gigante de un "As-

suan" de la política, el conflicto de octubre de 1973. Sadat declaró una guerra que no quería ganar, sabiendo, además, que aunque pudiera Washington no se lo permitiría. Todo ello para que EE. UU. se viera obligado a hacer suya la solución del problema a cambio de una nueva alianza. Ni Bismarck había llegado a declarar una guerra con la intención de quedar en tablas.

Anwar Sadat es uno de los grandes estadistas árabes de nuestro tiempo, en el mismo sentido en que lo fue Nixon para EE. UU. Estadista es quien pone en práctica una concepción del mundo que entiende deseable para la idea que se hace de su país. Una idea que es necesariamente incompatible con lo que muchos calificarían de solución justa del problema palestino. Justa, sí, pero, ¿posible?

La apuesta de Sadat es la de haberse situado en el futuro a la espera de que el grueso de la nación árabe tenga que reunirse con él, ante el peso de ciertas realidades, para entonces recoger un liderazgo al que nunca ha renunciado. Sadat sabe que Hussein de Jordania y Assad de Siria no hacen la paz con Israel porque Israel no los quiere como socios. Porque si Begin está dispuesto a abonar un Sinaí por un tratado, no quiere, en cambio, canjear la Cisjordania ni el Golán por ese mismo trozo de papel. Por eso Sadat apuesta al hundimiento del radicalismo, a la caída de Jomeini, a la presión del Presidente Carter para obligar a los sucesores de Begin a las concesiones que precisan Siria y Jordania. ¿Y los palestinos? Los palestinos, bien, gracias.

Cabe poca duda de que el Presidente egipcio ha recibido garantías secretas de que EE. UU., si Carter sale reelegido, forzará una solución —no la solución, ciertamente— al problema palestino. A eso juega Anwar Sadat. A canalizar la marea revolucionaria con el éxito económico de un país reconstruido por Occidente y a una cierta victoria política sobre el extremismo de Eretz Israel —el gran Israel de sus integristas—. Por todo ello, la supresión de la revolución iraní es una de las claves del triunfo de la carta conservadora en Oriente Medio.

Ese plan es el "Assuan" de Sadat. La obra de unos años, de un silencio, de una "realpolitik". De una partida de poker en la que el Presidente egipcio ha tenido, finalmente, que descubrir las cartas que sigilosamente y con los ojos entornados mantenía firmemente sujetas contra el pecho. ■
Fotos: PEPA ROMA.